

# Un mundo de conspiraciones<sup>1</sup>

Jordi Pigem

A menudo oímos hablar de teorías de la conspiración. Etimológicamente, *con-spiración* evoca el acto de compartir la respiración, de unir el aliento, del mismo modo que *con-cordia* remite a la unión de los corazones. La *conspiratio* latina podía tener un sentido perfectamente positivo. Cicerón, en las *Catilinarias*, alaba la *conspirationem bonorum omnium*, «la unanimidad de todo los buenos». Ivan Illich explicó muchas veces que, entre los primeros cristianos, la *conspiratio* era un momento clave de la Eucaristía: un solemne beso litúrgico, en la boca, con el que compartían su aliento, reforzaban los vínculos de su comunidad corporal y espiritualmente encarnada y simbolizaban la participación en el aliento de Dios.

Ver conspiraciones por todas partes sería paranoico, pero creer que, en un mundo tan complicado como el nuestro, todo es transparente y siempre nos dicen la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, sería de una ingenuidad extrema. Para encontrar la sana vía media entre uno y otro extremo, tenemos que estar alerta y mantener despierta la capacidad de discernimiento.

Por ejemplo, si no prestamos suficiente atención, podríamos creer que el propósito de la existencia consiste, sobre todo, en consumir cada vez más. Es una creencia absurda, vista desde cualquier tradición de sabiduría, y contraproducente, como muestran la psicología y la sociología, pero es *como si* la información que nos llega, a través de la publicidad y de los grandes medios de comunicación, «conspirara» para hacernos creer que hemos venido al mundo para consumir. No se trata de una conspiración orquestada por un personaje malévolo con nombre y apellidos, sino que es el resultado de una confluencia de intereses creados, impulsados por los tres sospechosos habituales: codicia, corrupción e inconsciencia.

Si no estamos despiertos, también podemos llegar a creer que no somos más que simples combinaciones de átomos y moléculas, y que lo único que tiene sentido en la existencia es lo que es tangible y cuantificable. Podemos creer que lo único importante es lo que dicen los datos, no lo que nos dice el corazón.

Y podemos llegar a creer que en un mundo como el nuestro, con recursos finitos, el crecimiento económico puede continuar para siempre.

O podemos creer que la creciente desigualdad entre países enriquecidos y países empobrecidos tiene algún sentido, cuando en la mayoría de casos resulta de procesos de explotación (colonial y post-colonial) extremadamente injustos.

O podemos creer que la energía nuclear es segura, aunque nadie sabe qué hacer con Chernobyl y Fukushima, ni con los residuos que las centrales nucleares producen cada día y que son mortalmente tóxicos en cantidades microscópicas durante miles de años. (El plutonio-239 tiene un período de semidesintegración de 24.110 años. La radioactividad del plutonio-239 producida por nuestras centrales nucleares en 2021, habrá decaído a la mitad en el año 26131 y a una cuarta parte en el año 50241. ¿Hay alguna obra de ciencia ficción que llegue tan lejos?)

O podemos creer que cuanto más tecnología tengamos, todo irá mejor, en todos los casos. Si alguna tecnología genera nuevas formas de contaminación y deshumanización, ya vendrá a arreglarlo otra tecnología (que tal vez genere peores formas de contaminación y deshumanización).

---

1 Adaptación de la versión original catalana publicada en el N° 78 de *Dialogal* (diciembre 2021).

O podemos creer que no hay problema en producir más de mil nuevas sustancias tóxicas cada año, aunque ya empezamos a ver los efectos combinados de las más de cien mil sustancias tóxicas que hemos inventado. Y sabemos que hoy se pueden encontrar docenas de residuos tóxicos de origen industrial en la sangre de cualquier persona. Y que los plásticos se descomponen en microplásticos y terminan en muchos de nuestros alimentos o, a veces, en el agua de la lluvia y en el aire que respiramos. Pero en torno a ello hay una especie de «conspiración» de silencio, o una confluencia perversa de intereses creados, económicos y políticos.

Y podemos creer que nada de esto afecta a la salud, aunque en los últimos veinticinco años ha aumentado exponencialmente la incidencia de enfermedades neurológicas y autoinmunes en los países industrializados.

O podemos creer que la creciente exposición a la radiación electromagnética tampoco hace ningún daño a las personas, a las abejas ni a ningún otro ser vivo.

Incluso podemos llegar a creer que los medios de comunicación nos dan una imagen nítida y desinteresada de lo que sucede en el mundo, cuando sabemos que dependen de enormes intereses económicos.

O podemos llegar a creer que los centros de poder económico y político están dirigidos por buenas personas que buscan el bien común, que se presentan como filántropos porque lo son y que rara vez están poseídas por la codicia y la corrupción.

O podemos creer que los grandes estados del mundo actúan mayoritariamente de manera honesta y transparente, cuando sabemos que emplean en sus servicios secretos a cientos de miles de personas que no siempre respetan la ley (como reveló Snowden) y que en ocasiones pueden organizar crímenes bajo bandera falsa.

Sin un mínimo de discernimiento, podemos llegar a creer la versión oficial de muchos acontecimientos. Por ejemplo, podemos creer que el presidente John F. Kennedy fue asesinado con balas de trayectoria acrobática, disparadas por un solo asesino que iba por libre, y que no pudo confesar porque fue tiroteado por otro asesino que también iba por libre. Y que el hecho de que posteriormente varios testigos clave murieron asesinados o en circunstancias insólitas, es casual.

Si no prestamos atención, podemos creer que el 11 de septiembre de 2001 unos pocos jóvenes fanáticos eludieron todos los sistemas de vigilancia del país militarmente más poderoso del mundo, secuestraron aviones llenos de gente valiente con pequeños cúteres y, sin experiencia alguna en pilotar grandes aviones comerciales, hicieron maniobras que la mayoría de pilotos no sabrían hacer y estrellaron sendos aviones contra las Torres Gemelas de Nueva York. Esos rascacielos estaban contruidos a prueba de impactos de aviones, y el fuego del keroseno no arde a suficiente temperatura para fundir vigas de acero, pero se derrumbaron hasta los cimientos debido, exclusivamente, al impacto de los aviones, a pesar de que lo que vemos en las imágenes parece claramente una demolición controlada. También podemos llegar a creer que, a consecuencia del impacto de los aviones en aquellas dos torres, otro enorme edificio, la Torre 7, de cuarenta y siete pisos de altura, horas después se derrumbó completamente, por sí solo. Y podemos creer que otro de esos aviones se estrelló contra el Pentágono (el espacio militarmente más protegido del mundo) sin ser detectado y abatido automáticamente, aunque los bomberos que fueron a apagar el fuego no encontraron restos de ningún avión. (La destrucción y las muertes son desde luego reales, mucho más reales que su explicación oficial.)

También podemos creer que las grandes compañías farmacéuticas no desean nada más que nuestra salud, y que nunca han puesto en el mercado productos que sabían que eran tóxicos después de calcular que, si las pillaban (que no siempre ocurre), el coste de la multa quedaría más que compensado por las ganancias obtenidas (Pfizer

lleva pagados, desde el año 2000, más de 4.660 millones de dólares en docenas de multas impuestas por los tribunales de Estados Unidos).

Sin un esfuerzo de atención y discernimiento, también podemos creer que los confinamientos, las mascarillas y el distanciamiento, y el miedo y la deshumanización que los acompañan hacen más bien que mal a las personas y a la sociedad.

Y que el «pasaporte covid» es una medida exclusivamente sanitaria (cuando los «vacunados» contagian tanto como los «no vacunados») que durará poco tiempo (cuando pronto hará dos años que empezaron a decirnos que nos imponían reglas insólitas solo por «dos semanas»).

Y que el coronavirus SARS-CoV-2 (y su proteína Spike, muy distinta de la de otros coronavirus) nada tiene que ver con la investigación en armas biológicas desarrollada en el Instituto de Virología de Wuhan.

Y que las inyecciones experimentales con instrucciones genéticas para producir en el organismo humano dicha proteína Spike (el elemento más tóxico de este coronavirus) son tan efectivas, seguras y necesarias como predicen los grandes medios de comunicación.

Y que las personas sanas que dan positivo en un test poco fiable y que no fue concebido para realizar diagnósticos son peligrosos «asintomáticos», cuando nunca se ha comprobado que una enfermedad vírica se disemine de manera epidemiológicamente relevante a través de personas sanas.

Y podemos creer que la muerte es el final de nuestra película individual, y no un cambio de capítulo o de obra (como explican todas las tradiciones sapienciales y corroboran las investigaciones realizadas en hospitales sobre las experiencias cercanas a la muerte).

Y podemos creer que las semillas que plantemos en esta vida no darán fruto, en esta vida o en otra.

O podéis creer que quien os diga lo que os digo está de broma, y vivir en un mundo feliz.

Jordi Pigem, autor de *Pandemia y posverdad* (Fragmenta, 2021)